



19-11-61

## TEATRO

Por NATIVIDAD G. FREIRE

Fotos de OZON

# Perro huevero aunque le quemem el hocico

**C**ORRIA enero de 1869 y ya la insurrección había estallado en el Grito de Yara para dar inicio a la heroica Guerra de los Diez Años cuando en el famoso Teatro Villanueva de La Habana se representa un sainete destinado a ser histórico para la vida cultural y política del pueblo cubano: Perro huevero aunque le quemem el hocico de Francisco Valerio.

Bastó que la Compañía de los Caricatos Habaneros ofreciera la función a la "protección de varios insolventes" para que el Villanueva se desbordara de un pueblo inquieto y patriota que solo esperaba la hora de manifestar su repulsa al poder colonial español. Las mujeres vestían sus mejores galas y adornaban sus negros cabellos, característicos de la criolla, con escarapelas tricolor, simbolizadoras de la bandera de la Patria.

El programa, variado y musical, parece frívolo y superficial, pero el sainete rompe la tensión y los cubanos aprovechan la oportunidad para gritar a los voluntarios españoles su determinación de independencia. Hombres airados, gritos de mujer, ruidos de sayas y encajes, descargas de fusil, muertos, heridos (Martí, muy joven aún, presencia conmovido la represión de los voluntarios), los habaneros protagonizan los sangrientos sucesos de Villanueva que tendrían honda repercusión en el movimiento separatista americano.

Típico, popular, fácil era hallar en el sainete el resquicio por donde escapara el

descontento general. La gracia de la situación y la caricatura de los personajes no impedían la crítica de las costumbres y por ende la invitación a sustituirlas por otras más sanas y beneficiosas para el país. La intención del autor era evidente y el pueblo no hizo esperar su apoyo incondicional a la revolución.

Matías, el típico criollo, gestado por el desgobierno español de la Corona, vago, bebedor, jugador y pendenciero combina en su casa una de sus habituales fiestecitas con amigos de su misma calaña, bebedores e improvisadores como él. El jolgorio se lleva a cabo a pesar de las protestas de Nicolasa, su mujer, que se queja del hambre y la mala vida que le proporciona la conducta irresoluta de su alocado marido. Madre e hija viven abandonadas de toda protección familiar. Mónica, criada a la deriva, se muestra hija legítima de su padre y si por ventura no ha heredado los peores vicios de Matías, al menos no siente ningún empacho en fugarse con su novio, Mamerto, tan canalla y displicente como su padre. Al final, padre y yerno prometen rectificar, pero Nicolasa, siempre escéptica, apunta: perro huevero aunque le quemem el hocico.

Así las cosas, la necesidad de destruir el poder colonial que de tal modo corrompe la vida de los criollos se desprende de la pieza como una medida de higiene social ineludible. Al calor de las décimas alusivas a la rebeldía de La Demajagua, dirigida por

Carlos Manuel de Céspedes, el público arde en fervor patriótico y en justa indignación contra los males traídos de la península y al estallido de Matías:

"Qué vivan los ruiseñores  
que se alimentan con caña"

irrumpe una voz en la sala:

"¡Muera España!"

y comienza la velada histórica: La Habana se hace eco de la manigua insurrecta y protesta con coraje y decisión de lucha.

Era la edad de oro del sainete criollo. José Agustín Millán, heredero legítimo de Francisco Covarrubias, creador del género popular, desarrolla un tipo de comedias de costumbres que termina en la forma más fresca y simple del entremés, la farsa y el sainete. El mosaico racial cubano con el criollo como producto nacional pasa sin dilaciones a las tablas para regocijo y perpetuación del pueblo. Francisco Fernández y Creto Gangá aportan sus jocosos sainetes de los negros de nación. Las revistas y zarzuelas de Raimundo Cabrera fijarían la sátira política como asideros obligados del teatro popular. Reflejo de la contienda independentista, la escena se convierte en tribuna política. Cubanos y españoles dilucidan sus posiciones en controversias teatrales furiosas. Más tarde, Eduardo Meireles, Olayo Díaz González, Ignacio Sarachaga y Federico Villoch cierran en el siglo XIX con las piezas mejores del género bufo cubano a pesar de que aún estaba por verse la época luminosa del "Alhambra".

Al período, pues, mas...  
cubano corresponde Perro huevero y su rehabilitación, diríamos, en el primer programa del Teatro Experimental de La Habana, en la Sala Las Máscaras, es un acontecimiento importante del teatro cubano de la actualidad.

Perro huevero revive una época rica de nuestra historia y casi desconocida a las generaciones presentes y muestra, además, los méritos de un género olvidado no obstante su raíz popular. Volver a este sainete es empezar bien, es borrar la imagen decadente de los últimos sainetes republicanos del año 1947 ó 49 para bucear en mejor de su producción original.

La factura histórica de la escenificación de Perro huevero es el empeño más serio de su puesta en escena en el T.E.H. Así es más completo el conocimiento de la pieza y los atributos escénicos que hacen tradicional el teatro de ese tiempo. Frente a una escenografía cuya perspectiva está compuesta por rompimientos y telones pintados a la antigua, el espectador queda convencido que el teatro cubano no está tan exento de historia y que cuenta en su haber con antecedentes peculiares. Los diseños, pues, de la escenografía de Julio Matilla son un buen aporte al conocimiento del pasado teatral en nuestra Isla. No así el vestuario que peca de estilos desarmónicos.

La construcción y la composición de los movimientos de los personajes no es siempre certera, pero Bernardo Anaya logra el ambiente jocosos de la pieza y si no brillante, al menos su dirección cabe entre las condiciones de un teatro experimental. En cuanto a la interpretación, Nancy Fernández, en Nicolasa, es la actriz de gracia más fresca y natural, no obstante los automatismos a que se ha acostumbrado en sus actuaciones para el teatro burlesco de Nicolás Dorr (malos hábitos de los que la actriz debe liberarse rápidamente si no quiere terminar en un robot insoportable). Por primera vez en las actuaciones que le conocemos, Miguel Montesco alcanza momentos convincentes en la creación de un personaje: la borrachera de Matías es ese momento. Ese, el monólogo inicial de Nicolasa y la salida de Mamerto (Carmelo de Paula) para describir la pelea de gallos son los mejores logros de la puesta en escena. Por otra parte, la caricatura de Ingrid González, en Mónica, así como la de José Herrera, en Palanqueta, el amigo de correas de Matías, desbordan en gracia artificial. Otra deficiencia es la intervención musical del trío Juan José Piedra y los García, pobre de ejecución y bajísimo de tono hasta el deslumbramiento total.

Sin embargo en el programa bastante improvisado e incongruente del T.E.H, la representación de Perro huevero resalta como el espectáculo más digno de los propósitos que animaron la fundación de este Teatro, a excepción de Abakua, el espectáculo folklórico, dirigido por Argeliers León, cuya presencia siempre es motivo de magia y creación artísticas.

Mucho más útil y valioso a la misión de esta jornada T.E.H. debió ser un programa confeccionado a la usanza de los tiempos de Perro huevero, que a la estampa histórica de este sainete correspondiera la de otros parecidos, junto a tonadas, danzas y orquestas de la época con un final de función rumboso y bullanguero como los habituales al teatro popular de 1869. Entonces, el primer programa del T.E.H, tendría un objetivo y el público, a más de pasar un rato agradable, se llevaría una visión clara y precisa de una etapa muy importante del teatro cubano y de su posible trascendencia en la actualidad.